

LÍNEA DE IDENTIDADES Y SUBJETIVIDADES

La pregunta por la relación consigo mismo o por el sí mismo, o, si se quiere, por cómo somos o cómo hemos llegado a ser, siempre estará asociada a un conjunto de luchas sociales de diverso orden como la solicitud constante de reconocimiento de actores sociales a gobiernos excluyentes (por ejemplo, mujeres, indígenas, LGTBIQ, etcétera), la defensa de modos de vida conectados con un territorio o una cultura (que incluye elementos tan diversos como las barras bravas o las luchas de afrodescendientes), la exigencia de transformación de nuestras relaciones con el mundo, con los otros y consigo mismos en términos ecológicos, políticos y económicos; y en general, a la emergencia de formas de ser que se proponen como alternativas a la diseñada por la interacción entre capitalismo y democracia en la que nos ubicamos hoy. Lo que somos termina siendo entonces la concreción de ficciones que han fijado unas versiones que son desafiadas, a su vez, por la aparición de otras en las que aparece la sospecha y la posibilidad de unas nuevas. Son esos procesos en los que la ficcionalización del sí mismo y de las identidades colectivas se manifiesta en contextos sociales específicos, los que constituyen el campo de problematización de la Línea de Investigación en Subjetividades e Identidades.

La trayectoria investigativa de la línea se inicia con una concepción de sujeto entendida como proyecto y como proceso, en la que se configura una capacidad reflexiva y, particularmente, la capacidad de reflexionarse a sí mismo. Es un sujeto que no ostenta una conciencia autónoma y soberana, en tanto que asume que en su exterioridad existe el otro simbólico y en su interioridad se encuentra desgarrado entre su norma personal y las normas provenientes de la dimensión social.

Este planteamiento ubica la línea en una idea inicial de sujeto descentrado, visible desde múltiples lugares de las ciencias sociales y humanas, en las que se destacan perspectivas como la sociohermenéutica, la filosofía del lenguaje (en particular, lo relacionado con narrativas y narratología), la psicología social, la

sociología, y en general, todas las disciplinas que analizan y discuten los problemas de la subjetividad y las identidades. Las discusiones de estas perspectivas, respecto del concepto de descentramiento del sujeto, sirve de telón de fondo en la discusión que se da en la línea, en sus temáticas centrales: subjetividades e identidades políticas, narrativas biográficas y subjetividades e identidades proscritas y transgresoras. Veamos una breve descripción de cada uno de estos ejes temáticos.

Subjetividades e identidades políticas

La subjetividad e identidad políticas se expresan en las formas de sujeción/desujeción en que nos relacionamos con el otro, con las instituciones sociales y con el universo de significados que nos rodea. Desde la acción individual y privada hasta los movimientos sociales masivos, estas dos categorías se manifiestan, en la diversidad de sus singularidades, como formas de oposición y resistencia (también de aquiescencia y sometimiento), a los diferentes poderes distribuidos en la sociedad. El desafío es entonces caracterizar y comprender los procesos de subjetivación e identificación política en diferentes escenarios sociales y políticos asumiendo la diversidad de mediaciones (corporales, históricas, culturales, etc.) que las atraviesan.

Existen diversas concepciones sobre los procesos de subjetivación, aunque se podrían señalar algunos elementos comunes: a) Su dimensión histórico-social: Cada forma de constituirse en sujeto político se encuentra inserta en un contexto que lo constriñe y, a la vez, lo impulsa a transformar esa realidad; b) Las subjetividades e identidades políticas se ven abocadas siempre a una tensión entre el orden político dominante e instituido con las necesidades ya sea de emancipación o de preservación de dicho orden; c) Los procesos de subjetivación e identificación política –ya sea individuales o colectivos- son dinámicos y procesuales, en los que permanentemente se están produciendo reconfiguraciones e incluso transfiguraciones que pueden pasar de un extremo del arco político al otro; d) La construcción de subjetividades e identidades políticas

deben entenderse fundamentalmente como intersubjetividades, como procesos relacionales que se producen en contextos específicos en los que el otro generalizado constituye un factor inhibitor o desencadenante.

Narrativas biográficas

La vida, nuestra existencia como tal, sólo alcanza su verdadero sentido y significado cuando la contamos a otros o a nosotros mismos, y esto es así porque las narrativas son formas del juicio, ya que el narrador, mientras relata, va comprendiendo las complejidades, dificultades, laberintos y extravíos que su propia acción ha tenido, en una suerte de catarsis en tiempo real en la que la memoria y la imaginación se intercalan y yuxtaponen de una forma casi indisociable. Y esas iluminaciones, como las llamaba Walter Benjamin, esos insights y comprensiones -acaso epifanías de nuestro propio devenir en el mundo-, no surgen ni se nos revelan a través de teorías o conceptos, sino de juicios que, expresados en metáforas, alegorías y toda clase de sinécdoques, sólo son posibles a través de narraciones de lo que fuimos, quisimos ser o nos gustaría devenir.

Una de las principales razones por las que decidimos escribir o contar el relato de nuestra vida es la necesidad de conservar y preservar nuestras vivencias más significativas, los acontecimientos más determinantes, las experiencias más perdurables. Y en esa reconstrucción biográfica, la ficción ocupa un lugar central dado que el pensamiento narrativo está dirigido hacia el mundo, su modo es subjuntivo, no se ocupa de cómo son las cosas, sino de cómo podrían ser o haber sido, ya que no puede evitar introducir falsos recuerdos, hechos no vividos, acontecimientos no experimentados; en una palabra: ficciones. Y esto es así, porque cualquier historia de vida no sólo da cuenta de lo que hemos hecho, de nuestras obras, sino de lo que nos hubiera gustado ser, y también, de lo que dejamos de hacer. La persona en la que nos hemos convertido condensa todo aquello que no fuimos, que quisimos ser, o que decidimos no ser. De ahí la idea

aceptada por las Ciencias Sociales de que las narrativas biográficas (memorias, autobiografías, historias de vida, etc.), constituyen intersecciones y relaciones imprescindibles entre individuo, sociedad e historia para realizar análisis e interpretaciones sociales. En este sentido, investigar a partir del rescate de narrativas que nombran las múltiples formas de ser sujeto, es un compromiso social y político de la línea, en tanto que no se trata simplemente de nombrarlas en su existencia singular o de interrogarlas en su relación con la subordinación y la exclusión, sino de visibilizar la potencia creadora que surge de la existencia marginal, adquiriendo de esta manera un estatuto político y ético claro, en tanto que se afirman subjetividades que devienen en lo instituyente de la sociedad.

Subjetividades e identidades transgresoras y proscritas

Hoy en día nadie discute que la función principal de las instituciones sociales y morales es la autorregulación del comportamiento humano, la cual se expresa mediante normas y reglas que, por principio, asumen un carácter obligatorio. *En ese sentido*, el mayor problema y tensión que presentan las instituciones sociales, es el del antagonismo y oposición que se da entre el libre albedrío del individuo y el determinismo homogeneizante que quieren imponer las instituciones. Se puede seguir una norma por razones prudenciales -ya sea de manera mecánica o de forma consciente- sin que esto signifique que las personas tengan que aceptarla o adoptarla como parte de sus preceptos morales o de sus repertorios de comportamiento privado. De esta forma, una institución social cuyas normas y ordenamiento normativo adoptan un carácter imperativo “coincide más con los fenómenos superficiales de nuestro uso cotidiano de la norma, que los puros análisis disposicionales del concepto de norma [y, por tanto] procura tomar en cuenta la mediación simbólica de nuestro comportamiento guiado por normas” (Kliemt, 1998; pág. 179).

Esta “mediación simbólica” que tenemos para autoobligarnos o no a actuar de acuerdo a una norma que, de todas formas, ha sido “inventada” por alguien y considerada como “moral ideal” con un carácter fuertemente deontológico, nos posibilita un margen de libertad y elección de acatamiento o rechazo de esas

normas; al fin y al cabo, los hechos morales están soportados en *suposiciones de objetividad* en las que la experiencia moral cotidiana, la mayoría de veces, no encuentra ningún apoyo objetivo.¹ Esta falta de fundamentación de la objetividad de los juicios y las normas morales, lleva *necesariamente* a descreer y desacatar esa “moral ideal” que empíricamente no tiene ningún sustento, a todo aquel que pretende ponerse por encima de las instituciones dominantes. Por ello, no podemos partir del hecho *a priori* de que exista un contexto sistemático y ordenado de las normas morales, puesto que la conducta humana en la mayoría de ocasiones privilegia sus necesidades y motivaciones sobre un contexto sistemático de consideraciones normativas, consistente y generalizable. Esto no quiere decir que no se puedan lograr acuerdos intersubjetivos -como efectivamente se hacen- sobre cuestiones normativas socialmente relevantes, tal y como lo demuestran las instituciones que velan por el orden jurídico y la convivencia social. Lo que se quiere resaltar es, desde una posición crítica y escéptica, la insolvente fundamentación objetiva de los ordenamientos normativos, las decisiones de facto que toman las instituciones sociales con los transgresores.

Son muchos los problemas que presentan el drama de los jóvenes delincuentes, los reincorporados de las FARC, o de cualquier individuo o comunidad proscrita por la sociedad y por la ley (adictos, habitantes de calle, etc.) La asunción acrítica y descontextualizada de modelos y teorías criminológicas que se ponen de moda porque han “funcionado” en ciudades como Londres y Nueva York por parte de quienes diseñan las políticas públicas y su aplicación por gobernantes (principalmente alcaldes) exitosos. De otro lado, los procesos de resocialización y reincorporación de estas personas, presentan tantas dificultades y deficiencias que no sólo se requiere una reestructuración inmediata de toda su política pública, sino también, una revisión completa de sus causas estructurales y de sus procesos biográficos y psicosociales particulares. Dar cuenta de estas

¹Este aserto se aplica incluso a casos imposibles en los que se quiere imponer la “objetividad” de las normas morales en instituciones sociales y políticas como la iglesia, la procuraduría o la escuela. Kliemt (1998, pág. 220) lo explica claramente: “Aun cuando por razones biológicas existieran “objetivamente” en todos los hombres determinadas *tendencias* de comportamiento, de ello no resulta *ninguna coacción* de comportamiento, ni fáctica ni lógica. El hombre *puede* siempre seguir preguntando *con sentido* si debe o no actuar en la correspondiente manera” (Las cursivas son del autor).

problemáticas y proponer soluciones, salidas o alternativas al caos y a la anomia jurídica, social y cultural de estas poblaciones reinante es el desafío principal de este eje temático.

Ahora bien, quizás ya nadie discuta que la comprensión e investigación de los diversos modos de subjetivación o adscripción identitaria, esto es, de los múltiples modos de existencia o de afiliación social en que devenimos en el mundo a través de las relaciones consigo mismo y con los demás, se realiza, principalmente, mediante un juego de interpretaciones y verdades. Y en ese juego hermenéutico y veritativo, la ficción se manifiesta con profundas implicaciones metodológicas y epistemológicas al punto de que abre las compuertas para un cambio de paradigma. En efecto, del desenmascaramiento del sujeto realizado por Nietzsche para mostrarlo como una ficción necesaria que pueda justificar su existencia e identidad, se deriva que todo proceso de conocimiento conlleva tanto una fabulación del objeto, resultado de una praxis igualmente fabulada, como procedimientos mentales que, por principio, añaden, suprimen, deforman o completan la realidad.

Al otorgarle un estatuto ontológico a la ficción y considerar que “los mundos ficcionales son conjuntos de estados posibles de cosas” (Dolezel), la porosidad entre la ficción y la realidad aumenta al punto de que, en los juegos de verdad y de interpretación, sus fronteras se desvanecen por completo. Es por esto que en la investigación de las subjetividades y las identidades debe valer tanto —es decir, debe tener el mismo estatuto ontológico y epistemológico— el mundo posible regido por la lógica del como si, como la lógica del ser que rige en el mundo actual, en virtud de que ambos mundos siempre están periclitando entre lo posible y lo necesario, entre lo verdadero y lo verosímil, entre el subjuntivo y el indicativo. La función constitutiva de la ficción en los modos de subjetivación no solamente está sobradamente argumentada desde la filosofía, la semiótica y las teorías literarias, sino que está demostrada por las neurociencias y la psicología. De esta forma, las denominadas “neuronas espejo” ubicadas en el área de Broca y la

corteza parietal, son las que posibilitan la empatía, la imitación y, sobre todo, la anticipación y predicción de situaciones hipotéticas que, eventualmente, puedan atentar contra nuestra existencia o nuestro equilibrio mental. Por tanto, su desconocimiento, descalificación o desestimación equivale tanto como desconocer o descalificar los mismos hechos de la experiencia. Interponer la objetividad de la ciencia como contrargumento a la filtración de la ficción subjetiva, no solo desconoce el hecho, ya consensuado por teóricos e investigadores de diferente índole, de que el conocimiento empírico no tiene ningún fundamento epistemológico y tampoco lo necesita, sino que la ficción subjetiva, (o, si se quiere con Gadamer y Heidegger, la función poética) siempre será un relleno, un complemento a la pura facticidad, al dato en bruto, ya que cualquier modelo, sistema teórico o representación icónica, “hacen funcionar la ficción en la verdad, inducen efectos de verdad con un discurso de ficción” (Foucault).

Si aceptamos que hay muchas formas de construir mundos alternativos como tantas formas de organizar el conjunto de nuestra experiencia, es fácil inferir que no se puede destacar un mundo sobre los demás, o, lo que es lo mismo, hacer del mundo actual la única realidad posible de la cual el resto son solo proyecciones o versiones. Es por esto que haya diversos procedimientos para hacer mundos posibles (Goodman), y que dichos procedimientos deban ser incorporados a las metodologías cualitativas como tecnologías del yo que le posibiliten al investigador(a) visibilizar y comprender las operaciones que se efectúan en los individuos para transformarse, metamorfosearse y relacionarse consigo mismos, es decir, para constituirse como sujetos en un perpetuo devenir ético y político. En este sentido las narrativas biográficas y autobiográficas se revelan como las estrategias de investigación social más indicadas y óptimas para comprender el uso y los mecanismos que los individuos emplean en sus procesos de subjetivación y adscripción identitaria. Al incorporar en los diversos juegos de interpretación y de verdad las diversas estrategias, procedimientos y modelos que desde la filosofía, las teorías literarias, la semiología y las mismas Ciencias Sociales han propuesto, la indagación por las subjetividades y las identidades no solo se verá profundamente enriquecida, sino que en gran medida obligará a

revisar los paradigmas dominantes aún centrados en la creencia de que el sujeto es una realidad que se autojustifica a sí misma por la sola fuerza de la razón lógica y el pensamiento hipotético-deductivo.

Coherentes con estos planteamientos, se retoma como fundamento filosófico de esta línea tanto la hermenéutica de Paul Ricoeur con sus planteamientos sobre narrativas y procedimientos de interpretación, diversas teorías acerca de la investigación biográfica (Delory-Momberger, Leonor Arfuch, Hanna Arendt, etc.), así como diversas propuestas sobre los modos de subjetivación (Foucault, Deleuze, Judith Butler, etc.), y formas de construcción identitaria (Castells, Zemelman, Giménez, Dubet, etc.). Además, se hace necesario incorporar los sugerentes aportes de los diversos giros (posdigital, afectivo, feminista etc.) que se están produciendo en las ciencias sociales y están incidiendo tanto en los contenidos como en los procedimientos de investigación social.

Con este abanico de perspectivas y autores –no necesariamente complementarios- se busca proporcionar los fundamentos teóricos y metodológicos de la línea, cuyo objetivo principal es la comprensión del sujeto social en la contemporaneidad.

REFERENCIAS

Kliemt, H. (1998). *Las instituciones morales*. Fontanamara

